

Quemar al traidor, quemar al afuerino: la Quema de Judas en Iquique, Chile*

Burn the betrayal, burn the stranger: The
burning of Judas in Iquique, Chile

Bernardo Guerrero Jiménez**

Resumen

En este artículo se reflexiona sobre la festividad de la Quema de Judas que se realiza cada Domingo de Semana Santa, en la ciudad de Iquique, en el norte de Chile. Se analiza los cambios del icono central de la celebración, en el contexto de una ciudad con profundas

* Trabajo escrito en el marco del proyecto de investigación "La nueva sociabilidad en la identidad de la población de Iquique". Decreto Exento N° 1140. Dirección de Investigación, Universidad Arturo Prat, Iquique, Chile.

** Sociólogo. Profesor Universidad Arturo Prat. Avenida Arturo Prat N° 2120, Campus Playa Brava, Iquique. E-mail: bernardo.Guerrero@unap.cl

transformaciones socioculturales, demográficas y políticas. Finalmente se hace referencia a las relaciones entre el traidor y el afuerino, cuya destrucción permite, al menos en forma simbólica, recuperar la ciudad que se siente como perdida.

Palabras clave: transformaciones urbanas, cultura popular, Quema de Judas, identidad cultural, violencia simbólica.

Abstract

This article reflects about Judas' burning festivity that takes place every Easter in Iquique, northern Chile. The changes of the central icon of the celebration are analyzed in the context of a city with profound socio-cultural, demographical and political transformations. Finally, a reference is made to the relationships between the traitor and the foreigner whose destruction allows, at least in a symbolic way, to recover the city that feels like lost.

Keywords: urban transformations, popular culture, Quema de Judas, cultural Identity, symbolic violence.

Introducción

Uno de los tantos rasgos característicos de la ciudad de Iquique, ubicada en el norte grande de Chile, es su fuerte componente festivo, religioso y popular. Una de las manifestaciones más conocidas, es el peregrinaje a la Virgen del Carmen, cada 16 de julio en el pueblo de La Tirana. Lo mismo acontece con San Lorenzo el 10 de agosto, en el pueblo del mismo nombre. Estas celebraciones son además

replicadas en la ciudad como “Tirana Chica” y “San Lorenzo Chico”. La geografía religiosa de la ciudad no se puede entender sin la masiva presencia de los bailes religiosos, alrededor de cien, que durante todo el año se preparan para asistir a estos centros devocionales. Además, se despliegan sobre el plano urbano varias animitas, donde el pueblo enciende su fe a esos muertos en forma trágica que ofician de intermediarios entre lo sagrado y lo profano.

Iquique es una ciudad con un fuerte componente popular. Desde fines del siglo XIX, crece en forma masiva producto de la explotación minera del salitre. Una de las consecuencias de ese poblamiento y de la economía que allí se desarrolló fue el nacimiento de un proletariado que enarbó las banderas de la emancipación social. Las luchas obreras de comienzos del siglo XX así lo demuestran. La matanza en la Escuela Santa María, ocurrida el 21 de diciembre de 1907, es la expresión de la pobreza en la que vivían hombres y mujeres, y de la insensibilidad de los industriales salitreros. El gobierno aplastó la protesta pacífica. El proletariado del norte grande de Chile fue también un movimiento que participó activamente en la organización de bailes religiosos que cada 16 de julio acudían a saludar a la Virgen del Carmen. Una lectura más compleja del asunto demuestra que no había contradicción entre demandar a los patrones por mejores condiciones de vida y demandar a la Virgen por trabajo y salud (Kessel 1986).

Las peregrinaciones masivas tanto a La Tirana como a San Lorenzo, nos hablan de una religiosidad popular festiva. A través de la música y del baile, los peregrinos expresan su fe. En esos centros religiosos, la fiesta es el común denominador. Con ello queremos

enfatar el carácter comunitario y festivo de estas celebraciones. Sirvan estos antecedentes para entender la fiesta de la Quema de Judas, como una variante más de la religiosidad popular que cada Domingo de Resurrección se realiza en la ciudad de Iquique.

La Quema de Judas

Aparte de los estudios folklóricos que han hecho interesantes descripciones de la fiesta de la Quema de Judas, no se encuentran muchos análisis de esta festividad. Creo que desde la perspectiva de las ciencias sociales, y en especial de la Antropología, el estudio de Gabriel Andrade (2007) merece ser destacado. Utiliza una buena observación etnográfica en dos comunidades de Venezuela, en Zulia, Potrerito y La Cañada. Con una buena base bibliográfica, interpreta esta ceremonia en torno a la idea del sacrificio y de la violencia, teniendo como consecuencia la cohesión del grupo.

La Quema de Judas es una festividad que los españoles trajeron a América. Al decir de Gabriel Andrade (2007), provino de las Islas Canarias. En Chile, la festividad se desarrolló básicamente en la ciudad de Valparaíso y de allí se masificó a otros puntos. Uno de ellos fue la ciudad de Iquique.

El año 1933 en la calle Juan Martínez antes de llegar a Zegers, en el frontis del almacén “Mi Casa”, don Jorge Muñoz mantuvo esta tradición por más de treinta años. A su muerte, su hijo siguió con el ritual, pero éste decayó hasta desaparecer. A fines de los años 60 esta actividad prácticamente no existía.

En los largos años de la dictadura de Pinochet (1973-1989), que coinciden con la instalación de la Zona Franca en Iquique (1985) y que se caracterizó por convertir a la ciudad en gran supermercado, atrayendo una gran cantidad de población del resto del país, y modificando en gran medida la pautas de comportamiento de la ciudad, es que se genera entre los iquiqueños un sentimiento paradójal. Por un lado, sienten que la vida cambia y cambia para bien. Tienen acceso a bienes que antes ni siquiera soñaban con poseer. Pero por otro lado, advierten que todo lo que obtienen es a costa de su identidad cultural y de la pérdida de esa comunidad de la que tanto se enorgullecen. Tienen la ciudad que siempre desearon, pero extrañan la comunidad que sienten que van perdiendo.

En ese contexto, un grupo de iquiqueños de todos los colores políticos, deciden formar en su ciudad un “Centro de Hijos de Iquique”. Por lo general, estos centros están formados por gente que ha tenido que emigrar a otros lugares. Es el caso, por ejemplo, de los iquiqueños que migraron producto de la crisis del salitre a la capital. Allí formaron el “Centro de Hijos de Tarapacá”. Lo curioso es que se forma aquí, lo que indica que se sienten extraños en su propia ciudad. Una de las formas que encuentran para recuperar lo perdido, es volver a instalar las fiestas que definían a la ciudad. Una de ellas, las mañanas criollas, las fiestas de la primavera y por cierto, la Quema de Judas.

Fue un hombre de izquierda, militante del Partido Socialista, preso en el campo de concentración de Pisagüa y exiliado en Dusserdorf, Alemania, quien a su regresó a Iquique, integró el “Centro de Hijos de Iquique” y, junto a otros, re-actualizó esta tradición.

Por muchos años, se realizó en el Mercado Municipal a un costado de la Escuela Santa María, lugar donde además cada 1 de mayo los trabajadores se reúnen para conmemorar a los Mártires de Chicago. En ese lugar fueron masacrados cientos de obreros el año 1907.

Razones de higiene hizo que este año se celebrara en la Plaza Arica (“El Mercado cada día está más hediondo”, me decía un dirigente). Razones de peso, anidada en el subconsciente popular reclamaban desde hace años que lo popular tiene su mejor caja de resonancia en este lugar que alguna vez, desde los tiempos del Perú, se llamó Plaza Gibraltar. En efecto, este barrio es que el mejor sintetiza la vitalidad de la religiosidad popular anteriormente descrita. En su capilla, los bailes se despiden de la virgen antes de subir a La Tirana; a su regreso, una semana después llevan a cabo La Tirana Chica; el 12 de octubre celebran el aniversario de la parroquia. Además, su estructura espacial, reúne las mejores condiciones para el desarrollo de estas actividades. Una plaza que tiene en sus extremos este y oeste una cancha y una explanada que hace posible que los bailes religiosos desarrollen sus mudanzas, además de calles amplias como San Martín, Errázuriz y Juan Fernández, permiten un mejor desarrollo de esas actividades. Más arriba y camino al Cementerio 1, el culto a las animitas de Hermógenes San Martín y de la Romina cierran el círculo religioso popular.

La Plaza Arica es un barrio activo y popular. Posee dos clubes deportivos de una larga tradición, y alberga a dos bailes religiosos. En suma, es una entidad dinámica, y no exenta de problemas sociales: tráfico de drogas, violencia intrafamiliar, enfermedades de

transmisión sexual, etc.

Que se haya elegido la Plaza Arica para desarrollar esta actividad supone razones que van más allá de las esgrimidas por los organizadores. Lejos, es el sitio ideal sobre todo por sus connotaciones religiosas populares.

Llega el traidor

Desde las 10 de la mañana del domingo, los organizadores de la festividad están instalados en la explanada de la Plaza Arica. Una hora antes, el barrio había despertado con la voz de un locutor que llamaba a sumarse a la labor que el “Centro de Hijos de Iquique” había organizado. Sobre el escenario una bandera de esta organización y otra de la Ilustre Municipalidad. Toda la infraestructura la había prestado la organización municipal. Es más, puso a disposición de este mismo acto a los “cantantes municipales”, hombre y mujeres que apoyados por pistas musicales grabadas en Tacna, interpretan canciones de la nueva ola, rancheras, cumbias. Se organizan concursos en la que la tónica es preguntar acerca de la historia de la ciudad. Por ejemplo: “¿cómo se llamaba la calle Baquedano en los tiempos del Perú?”

En la organización del acto, se han movilizad recursos del aparato municipal. El alcalde de la época, Jorge Soria, ha puesto a disposición de los organizadores lo que sea necesario. Si antes era el comerciante dueño de “Mi Casa” quien corría con todos los gastos, ahora lo es el alcalde. Éste espera sacar dividendos políticos; es una suerte de big man, según la clásica terminología de la antropología, una

figura populista, de origen socialista pero que en las elecciones presidenciales del 2005 votó por el candidato de la derecha.

Domingo al mediodía, desde el sector sur de la Plaza Arica, la procesión avanza. Sobre una camioneta made in Taiwán, de las muchas que hay en Iquique, se alza la figura del apóstol Judas. Una túnica entre roja y negro, cabellos de este último color y una mirada perdida (¿la del traidor?) elevándose al cielo. Atrás, una banda de instrumentos de bronce y de percusión, de las muchas que hay, y que acompañan a los bailes religiosos en la fiesta de La Tirana y de San Lorenzo, anima la marcha. Son melodías populares: marchas militares, ritmos bolivianos, etc.

Sobre la vieja explanada donde en los años ‘60 se instaló una feria, y donde una semana después del 16 de julio, en la Tirana Chica, y el 12 de octubre para el aniversario de la Iglesia, los bailes saludan, bailándole a la “china”, la figura del Judas levantado por encima de dos tres metros del suelo espera que el fuego lo consuma. Es la justicia popular que cada año le pasa la cuenta a este apóstol que, en estos días, es reivindicado merced a unos evangelios aprócrifos que intentan borrar el estigma que se ha apoderado de este hombre nacido en Judea, traidor por treinta monedas del hijo de Dios.

Lo popular desbordado, lo popular controlado

La Quema de Judas hay que inscribirla en el conjunto de actos rituales que durante el año ocupan la atención de los sectores populares. Desde la preparación para la fiesta de La Tirana, San Lorenzo, 12 de octubre, Navidad y Pascua

de los Negros, aniversarios de los bailes religiosos, sin contar con actos imprevistos como funerales, constituyen momentos donde la economía simbólica del pueblo se expresa en toda su dimensión.

De manera autónoma o semi-autónoma lo popular se da mañas para organizar eventos casi a espaldas de la economía formal, o bien, entremezclando ambos, como el caso de la fiesta de La Tirana, por ejemplo. No sólo de la economía en términos de producción y circulación de bienes materiales, sino que de orden simbólico.

Sin embargo, la autonomía de lo popular va en franca retirada. La fiesta de La Tirana se ha convertido en algo que sin la venia de la autoridad eclesiástica no puede realizarse. La autonomía que hasta los años 70 los bailes tuvieron es cosa del pasado. Lo mismo sucede con la Quema de Judas. La fiesta de San Lorenzo, y no sabemos hasta cuándo, sigue gozando de una relativa autonomía.

Bauman (1997) nos informa cómo, desde los inicios de la modernidad, tanto los clérigos y nobles como los intelectuales han tratado de controlar lo popular. El pueblo en fiesta es un pueblo subversivo (Cox 1985).

Los discursos y las prácticas represivas fueron resumidas por Voltaire cuando definía a las fiestas como: “la ocasión para que en los días de sus santos favoritos los campesinos y artesanos se emborracharan, se entregaran a la pereza y el libertinaje, y cometieran delitos (Bauman 1997: 92).

Lo popular cuando no está controlado por la Iglesia ni por los partidos huele a sospecha, a

desbande y a descontrol. La Quema de Judas que se hace sin el apoyo de la Iglesia Católica sigue bajo sospecha.

Del ricachón al apóstol

Hasta los años 50, según las averiguaciones que hemos realizado, la figura central que se sometía a los designios del pueblo era un pelele que representaba a la aristocracia iquiqueña (si es que hubo, pues para el pueblo el “pituco”, sea comerciante o industrial, es eso: un aristócrata). Este dato se reafirma cuando analizamos las fotografías que la familia que organizaba el evento, nos prestó. Un señor de terno oscuro, con sombrero y joyas, era presa de las llamas. El pueblo, lejos de la tradición bíblica, reinterpretada y actualizaba cada año a Judas. En este caso, era un poderoso el que recibía el juicio de los humildes. Esto se advierte, además, en la quema del Rey Momo en Carnaval, y en cada fin de año en las esquinas de la ciudad. El año 2006 se quemó, por ejemplo, al alcalde Jorge Soria, definido como traidor por haber apoyado a Sebastián Piñera en las elecciones presidenciales 2005-2006.

El pelele, o el símbolo central que es objeto de las llamas, representa al poder político o a los ricos; en él se sintetiza la protesta simbólica (concepto tan caro a Marx) contra las desigualdades. En los años 80, en el carnaval de El Morro, el Mono representaba a un individuo que simbolizaba lo que el modelo económico de los Chicago Boys promovía. La idea de la protesta simbólica, que a menudo va de la mano con la religión y el humor, en ambientes de represión, resulta útil.

Hay que recordar que hasta los años

50 del siglo pasado, la ciudad de Iquique estaba sumida en una crisis, producto de la desaceleración de la industria del salitre. Esta crisis fue entendida políticamente por los partidos políticos de izquierda, sin incorporar, no obstante, la dimensión simbólica de la rebeldía. Eran los tiempos en que la religión era el “opio del pueblo”. Esta protesta popular, sin embargo, tuvo su cambio de giro. Y le tocó a la Iglesia Católica realizarlo. En el discurso del domingo de Resurrección, el presidente del “Centro Hijos de Iquique” recalca que, en los años 50, un ‘curita’ propuso vestir al traidor como apóstol. Y éste no es un dato menor.

La Iglesia Católica soportó durante los primeros 50 años en Iquique el ataque de los sectores liberales: masones y movimientos de izquierda que iban desde los anarquistas hasta comunistas y socialistas. En términos políticos, la alianza entre ricos y clero se manifestaba en la célebre frase de Atahualpa Yupanqui: “Para mi que Dios almuerza en la mesa del Patrón”. Los esfuerzos por lo tanto del catolicismo en Iquique, tenían que ir en dirección de abortar el matrimonio que el trovador argentino expresaba en sus “Coplas del Perseguido”.

El cambio del eje, del rico al apóstol, no es ingenuo. Al retrotraer la traición al drama de Cristo, se sustrae la dimensión crítica del evento y se le quita la contemporaneidad del hecho. Los que juzgan a Judas vestido de apóstol, se mimetizan con la Iglesia Católica, con su jerarquía y sus códigos. El ritual de la quema se despolitiza. El acto se vuelve a-histórico. Pero falta un elemento más.

La re-invenición de la tradición

Cuando el “Centro de Hijos de Iquique” organizó la primera Quema de Judas, en los años 90, lo que estaba haciendo era una puesta en escena de una tradición que se había perdido. La ciudad, producto de muchos procesos demográficos, políticos, culturales, globalización entre otros, ya no era una caja de resonancia para eventos como el que analizamos. La ideología del consumo, viabilizada por la Zofri en los años 80 y dinamizada por los malls en los 90, cambió los ejes comunitarios en los que se establecía nuestra identidad, por otros más individualizantes, esta vez por la vía del consumo. A ello hay que agregar el descrédito que la dictadura hizo de la política y sobre todo de la bárbara represión que cayó sobre los militantes de izquierda. Eran los tiempos en los que todos desconfiaban de todos. El vecino podía ser un terrorista o un soplón.

El quiebre de las estructuras comunitarias y la individualización de la vida social es, en parte, la consecuencia de la represión. En los años 50, cuando Iquique era un puerto en crisis y se desarrolló una vida con una fuerte ética comunitaria, se esperaba que una familia organizara una fiesta como la Quema de Judas; era dable además que las familias o el conjunto de ellas formaran barrios, clubes deportivos y bailes religiosos. Tal cosa ya no sucede en la actualidad. De allí que los iquiqueños tengan que organizarse en un centro de reunión para poder hacer resurgir una tradición como la que analizamos.

Pero es una tradición que se esgrime bajo otro contexto, otras señas de identidad, y sobre todo por la creencia que afirma que es posible recuperar el Iquique de antaño (“No hay nostalgia

peor que añorar lo que nunca jamás sucedió” canta Joaquín Sabina); por el sólo expediente de replicar rituales de antaño. En esa óptica hay que ver otras celebraciones, como los malones de los recuerdos, etc., puestas en escena como si fueran obras de teatro o espectáculos folklóricos.

Un dato no menor en esta celebración: la presencia del alcalde Soria fue un hecho significativo, así como lo es la gran ayuda que el Municipio prestó. Otra vez la falta de autonomía que atenta contra el espíritu que la familia originaria que organizó tal evento sí tuvo. Sin la ayuda municipal no hubiese resultado el acto.

La lógica populista tiene a apropiarse de estos eventos, y por ende a sacar dividendos políticos. El gran poder de ubicuidad del alcalde es un dato que ayuda a explicar sus altas votaciones. Es la única autoridad que llega a esos eventos (Guerrero 2004).

El humor popular, aquel que se propala por debajo de los escenarios y lejos de los asientos de las autoridades, aquel que se comenta de boca en boca, se expresa perfectamente, por ejemplo, cuando el animador (funcionario municipal) dice aquél año 2005 que ya venía de la Iglesia San Francisco el traidor, y comenta en torno sarcástico: “¿Cuál de los dos?” (aludiendo al cambio político del Alcalde).

Antes de quemar a Judas, se esperó que llegara el alcalde. Habló el presidente del “Centro Hijos de Iquique”, agradeció al edil el apoyo y le cedió la palabra. Como máxima autoridad, empezó a quemar al apóstol. Y el humor popular sentenció: “El traidor quema al traidor”.

Más allá de la anécdota importa señalar cómo el humor popular sigue siendo crítico y corrosivo, desplegando asociaciones políticamente incorrectas. La criticidad ya no estaba en el escenario, estaba ahora abajo y corría a través del chiste corto y certero. El chiste operaba como memoria y como re-actualización. No se estaba en la Plaza Prat (lugar de concentración de la elite ilustrada), se estaba en la Plaza Arica. Allí, los que están en el margen, viven en su centro.

Las cenizas de nuestra identidad

Cumbias, rancheras, nueva ola, bandas de bronces que nos recuerdan un pasado andino, bebidas gaseosas, empanadas, gente en pantalones cortos, borrachos, etc., lo popular en su más amplio registro tratando de replicar una tradición que, como ya dije, se nos fue.

Los restos del traidor y sus cenizas esparcidas por el agua y por el viento de la tarde, las monedas calientes recogidas por la multitud, nos hablan de un intento por reformular una identidad que en términos de proyecto o de comunidad de destino precisa de otras coordenadas.

Por la tarde y por la noche el barrio de la Plaza Arica es una multitud articulada en torno a la cancha de baby-football. En este barrio la religiosidad popular y la práctica de este deporte congrega. Habría que buscar en otras manifestaciones, quizás con menos estructuras oficiales, que la identidad se exprese y represente. En los preparativos, un borracho del barrio, en un gesto identitario tal vez no conciente, gritó: “Viva la Plaza Arica”. Al rato estaba encerrado en el furgón de la policía.

A lo mejor habría que prestarle atención a esos pequeños guiños.

Lo popular, expresado de las formas que ya hemos señalado, con esas músicas que en el caso de la nueva ola nos remiten a la comunidad perdida e idealizada, las rancheras que nos recuerdan a los migrantes que vienen más allá del desierto, son indicadores de una ciudad que en lo popular muestra su fortaleza, pero que carece de un motor propio.

Quemar al traidor, quemar al afuerino: conclusiones

Andrade (2006) nos invita a pensar la quema de Judas a través de las claves del sacrificio y de la violencia que trae como consecuencia la integración social del grupo que la ejecuta.

Para nuestro análisis queremos sugerir que, en el caso de la ciudad de Iquique, la quema de Judas tiene tres connotaciones: 1) sigue la lógica de la tradición latinoamericana de sacrificar al traidor, 2) actualiza la quema estableciendo un paralelismo con sujetos de la ciudad de similar comportamiento y 3) agrega un elemento nuevo, el afuerino, que para la cultura local es el causante de la pérdida de esa “ciudad de oro”, comunitaria y amable.

Podemos ver en esta celebración una nueva arista que tiene que ver con los temas actuales de la cultura local. Se relaciona con el sentimiento de pérdida de una comunidad local fuerte, cohesionada y amable. Una comunidad que se cohesionaba en torno a dos temas. Uno en forma interna a través de la exitosa práctica

del deporte (1925-1980) y la segunda mediante la construcción de un discurso anti-centralista o anti-Santiago, lugar donde radica el poder central. Este último aspecto es el que nos interesa desarrollar.

En el habla cotidiana de los viejos iquiqueños la palabra afuerino ha ido ocupando un lugar central. Es un concepto que tiene obviamente connotaciones violentas ya que separa y discrimina. Es un término clisé que sirve para explicar los males de la ciudad: drogadicción, apatía, desconfianza, etc. La figura del afuerino se vincula a aquel que viene a la ciudad a “hacerse la América”, al que “llegó con una mano atrás y otra adelante”, entre tantas otras manifestaciones. En otras palabras el afuerino es el responsable de que la ciudad no sea lo que fue. Frente a esa figura se construye la del “iquiqueño neto” o la del “esencialmente iquiqueño” o “100% iquiqueños”, entre una larga lista de autoafirmaciones de ese tipo. El sentimiento de percibirse como invadidos ha generado entre otras cosas, como la propia organización del Centro de Hijos de Iquique.

La recuperación de la Quema de Judas hay que entenderla como un acto de rescate de una ciudad que se cree perdida y que fue bondadosa con todos sus hijos. Esa “edad de oro iquiqueña” es la que tiene un peso formidable en el imaginario local. Es la que genera sentimientos de nostalgia y moviliza de vez en cuando a los actores políticos de la sociedad en busca de apoyos electorales. El caso del ex alcalde Jorge Soria es el más explícito.

Por todo lo anterior, parece lógico pensar que Judas es la resultante de la simbiosis entre traidor y afuerino. Las distancias

entre uno y otro, desde el punto de vista de la cultura local, son mínimas. Judas es la simbolización de ambos aspectos. Desde un punto de vista tradicional, representa al traidor y, desde una perspectiva contemporánea, al afuerino. Ambas expresan el malestar para una ciudad que ve cómo su estilo de vida va cambiando.

Con la Quema de Judas, parece que la ciudad se recuperara. Se asiste a un rito de purificación. En ese acto de liberación a través del fuego, la ciudad perdida parece actualizarse. Por breves minutos, la tradición recobrada nos remite a una ciudad que hallaba en ese acto sacrificial y violento, sus mejores momentos. Es como si la ciudad de los años 40 se diera cita, interrumpiendo el tiempo, en un espacio popular, para elevar sus estandartes identitarios.

Bibliografía

Andrade, Gabriel. 2007. "La Violencia como Integración Social en las Quemadas de Judas en Potrerito y La Cañada". *Opción* 23, 52: 9-24.

Bauman, Zygmunt. 1997. *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Argentina: Universidad Nacional de Quilmes.

_____. 2003. *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

Cox, Havey. 1985. *La religión en la ciudad*

secular: Hacia una teología posmoderna. España: Sal Térrea.

Guerrero, Bernardo. 2004. *Las Venas de mi Ira. Jorge Soria Quiroga*. Iquique: El Jote Errante / Ediciones Campvs.

Hobsbawm, Eric. 2002. "Introducción: La invención de la tradición" en: Hobsbawm, Eric y Ranger, Terence. *La Invención de la Tradición*. Barcelona: Crítica.

Van Kessel, Juan. 1986. *Lucero del Desierto*. Iquique: Centro de Investigación de la Realidad del Norte / Universidad Libre de Ámsterdam / El Jote Errante.

